

Róbinson Hermansen

Factores sociológicos

I

VIVIMOS una vida de renovación intensa. Cambios profundos se han operado en las instituciones políticas y sociales. El tradicionalismo ha perdido su imperio. Urge reformarlo todo. Es esta la situación más propicia que haya podido presentarse en nuestro país para que en él puedan germinar y desarrollarse los estudios sociológicos.

En un país que cree que sus instituciones son las mejores no hay posibilidad de que nazcan las investigaciones sociales; no hay para ello el estímulo que da el medio ambiente. Los organismos reguladores del sistema funcionan normalmente. Cualquier tentativa para demostrar su deficiencia o ineficacia caerá irremisiblemente en el vacío.

Tampoco habrá ambiente favorable en un país absolutamente desmoralizado, en donde el pesimismo ha hecho presa de los mejores caracteres; en donde la lucha viril y honrada por la vida y por los ideales ha degenerado en un apocamiento crónico; en donde se ha verificado ese desplazamiento—semejante a la ley de Gresham en el bimetalismo—del gobierno de los malos ciudadanos en substitución de los buenos. Entonces el desenfreno más absoluto será el campo favorable para el triunfo callejero de la estulticia, de la inmoralidad y de la audacia, revestidas de ese ropaje de inocencia y de desinterés que, en las épocas normales, son el legítimo galardón de los ciudadanos

dignos y probos. En esta situación, las más bellas prendas morales del siglo, la franqueza, el desinterés, la abnegación, el sacrificio, la honradez misma, acallarán su voz en espera de un apocalipsis de las almas.

Entre nosotros esta degradación ha llegado hasta el extremo ignominioso de hacer al hombre honrado sinónimo de bobo; al hombre de estudio, sinónimo de hombre ingenuo. Dentro de un ambiente semejante, lampoco, insistimos, es posible fomentar el estudio serio de los fenómenos sociales.

La justicia inmanente se abrió paso a pesar de todo y ha purificado, si no por el fuego como en los tiempos bíblicos, por una atmósfera letal de desprecio, la corrupción de nuestros hábitos políticos.

Desgraciadamente, las instituciones de un pueblo no se depuran en un espacio de meses. La reforma política de las instituciones no puede venir sino después de la reforma de las costumbres; y este trabajo de transformación moral es lento y penoso. Las ciencias naturales han demostrado, por la ley de la evolución natural, que ninguna variación estable y profícua es posible en el organismo social sin una lenta, continua y oportuna preparación de fuerzas orgánicas latentes y de circunstancias externas favorables, porque el tiempo no respeta aquello que se hace sin él. Sólo el estudio coordinado de las ciencias sociales particulares podrá emprender el gigantesco esfuerzo de reorganizar la sociedad toda.

Y bien, este momento ha llegado.

II

¿Qué cosa es la *sociología*? Este vocablo es una creación de Augusto Comte para designar el estudio científico de la sociedad toda entera. Si el vocablo era nuevo, era porque era nueva la cosa que había de ser objeto de estudio. Un neologismo era necesario. Este—formado de una raíz latina, *socius*, y de otra griega, *logos*, formación viciosa que los puristas han a menudo reprochado—es hoy un término irremplazable. Todos los

idiomas modernos lo han acogido. Representa, por sí mismo, la última disciplina científica que se ha agregado a las ciencias naturales.

No quiere decir esto que antes que Comte la legara como conquista del genio a la posteridad, no haya sido la sociedad objeto de estudio. Platón en su *República* (429-347) y Aristóteles (384-322) en su *Política*, nos han trasmitido monumentales observaciones sociales, que todavía sirven de guía en estos estudios. Respecto de Aristóteles nos decía don Valentín Letelier que era el más grande de los genios filosóficos que jamás hubiera producido la humanidad, cuyas enseñanzas él intentaba sólo renovar. En la observación de los hechos, nos decía, todos los observadores coinciden, porque sus investigaciones se refieren a los mismos fenómenos, cualquiera que sea la época de que se trate.

Sin embargo, la precisión científica de estos grandes autores antiguos no era del todo perfecta: adolecía de cierto empirismo filosófico, generalizaciones prematuras, basadas no tanto en la observación misma de los hechos, cuanto en ciertas concepciones del espíritu. Este modo de ser predomina en todas las obras numerosísimas escritas sobre el modelo de la *República* y de la *Política*.

A principios del siglo XVIII, Montesquieu (1689-1755), en su obra *Espíritu de las leyes* cambió el rumbo de los estudios sociales, al declarar en los primeros renglones de su gran libro que «leyes son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas», con lo que quería dar a entender que la sucesión de los hechos no tiene nada de caprichoso ni de contingente, sino que se suceden los unos a los otros siguiendo las relaciones invariables de causa a efecto. En el curso de su obra Montesquieu hace extensiva esta excelente definición de ley natural a los fenómenos sociales, al declarar que las instituciones jurídicas de los pueblos tienen su origen en la naturaleza de los hombres y en el medio ambiente en que estos hombres viven.

Condorcet (1743-1794) prosigue estos estudios con el mismo

método en su libro *Esbozo de un índice histórico de los progresos del espíritu humano*, que pone de relieve, desde el título mismo de la obra la ardiente convicción científica de que el progreso se realiza, en toda la humanidad, siguiendo reglas fijas e invariables.

La economía política, nacida con los fisiócratas y consagrada a la vida científica por Adán Smith, David Ricardo, Roberto Malthus y Juan Bautista Say, cree haber descubierto las leyes en virtud de las cuales se verifican los fenómenos comerciales e industriales.

Peero, a pesar de estos primeros pasos en la investigación científica, se volvía, aunque inconscientemente, a la primera concepción que de ella tuvieron los filósofos griegos.

El paso definitivo en el sentido de crear para el estudio del fenómeno social un método verdaderamente científico, fué dado por Augusto Comte (1798-1857). Este, en su obra *Curso de filosofía positiva*, procedió a hacer una revista sistemática y sintética de todas las ciencias constituídas de su tiempo, y comprobó que todas ellas, desde las menos complejas, las matemáticas, hasta las más complejas, la biología o ciencia de la vida, estaban sometidas al determinismo universal, y que la ciencia mental o psicología, también lo estaba. Comprobó, además, que el intercambio de los fenómenos mentales o psicológicos entre los individuos, esto es, los fenómenos sociales que dan origen, en su conjunto, al fenómeno genérico de sociedad, también obedecían en su generación y causación al mismo postulado científico.

Desde ese momento, la sociedad o superorganismo social, deja de ser el aparente juguete de emperadores, reyes, príncipes, gobernantes, parlamentos, políticos, o de otras instituciones sociales. La sociedad va a ser objeto de una ciencia y esta ciencia fué llamada por Comte, *sociología*.

III

En el dominio de las ciencias naturales hay, pues, que con-

tar con una ciencia nueva, a la cual debe aplicársele el mismo método que al estudio de las otras ciencias: la física, la química, la biología. En estas ciencias, el investigador está colocado fuera del mundo que observa, y sus estudios tienden a investigar lo que son en sí mismos los fenómenos, con prescindencia de toda influencia o fuerza extraña. El experimentador responde, en estas observaciones, con bastante exactitud, a lo que, según Max Nordau, debe ser un estudio científico: una pregunta clara que se hace a la naturaleza, a la cual quien debe responder es la naturaleza misma, no el que investiga.

Desgraciadamente, este método de tan aceptada y universal aplicación, tratándose de las ciencias naturales, es de muy difícil y, por lo mismo, de rara aplicación, tratándose de esta otra ciencia natural nueva, la sociología. Inveterados prejuicios nos inclinan a pensar que, siendo la sociedad una cosa hecha por nosotros y para nosotros, todo lo que tiene de real y de positivo, depende exclusivamente de nosotros mismos. Dentro de este criterio no hay manera de constituir una ciencia con la sociedad como objeto de estudio: todo en ello queda entregado a la contingencia y capricho de los hombres.

Augusto Comte y Heriberto Spencer nos quitaron esta ilusión, por la cual tenemos una inclinación espontánea. Desde ahora, el que estudia los fenómenos sociales debe colocarse en el mismo estado de espíritu en que se colocan los investigadores de las ciencias físicas y químicas: substraerse al medio ambiente que lo rodea, hacer tabla rasa de todos los conocimientos imperfectos y *a priori* que ha podido adquirir en el curso de su vida, para responder a exigencias prácticas, sin las cuales no nos habría sido posible manejarnos en la vida diaria, e investigar las cosas sociales como cosas independientes de nosotros, que tienen existencia en sí mismas, fuera de toda influencia personal; y así, los resultados que obtengamos pueden considerarse científicos y aún, en muchos casos, contrarios a las concepciones que nos habíamos formado al empezar el estudio, como ocurre en el estudio de la física y de la química.

IV

Aparte de todas estas grandes dificultades de método, el superorganismo social o sociedad, es una cosa de estudio de lo más complejo, esto es, que contiene en sí mismo una multitud de problemas, a su vez complejos, que es preciso investigar separadamente, en toda su amplitud y detalles. De ahí que el propio Comte haya sentido la necesidad de simplificar su estudio, dividiendo la sociología en estática y dinámica sociales. La primera estudiaría la sociedad considerándola como fija en un momento dado de su existencia, procuraría encontrar las leyes de su equilibrio y el principio de orden de su desarrollo. La segunda estudiaría los principios de la evolución y procuraría encontrar las leyes en virtud de las cuales se realiza el progreso humano.

Comte dedicó a la primera parte de este estudio sólo algunas páginas de su obra monumental. En cambio, a la segunda, dedicó los dos últimos volúmenes. Según él, toda la evolución humana o progreso de las sociedades, está contenida en su famosa *ley de los tres estados*: la humanidad habría pasado, sucesivamente, en su infancia, por la fase teológica, subdividida, a su vez, en tres fases: fetiquista, politeísta y monoteísta. En su adolescencia, por la fase metafísica; y en su edad madura, la actual, habría llegado al *summum* de perfección en sus investigaciones filosóficas: la edad positiva o científica, en la cual los hombres renuncian a investigar las causas primeras y últimas de los fenómenos y se limitan a observar únicamente lo que es, lo que en sí tiene existencia y es accesible a los sentidos. Comte no pierde oportunidad para comprobar sus leyes del espíritu humano. Así, alude frecuentemente al desarrollo progresivo del hombre: niñez teológica, adolescencia metafísica y madurez positiva. Aun su crisis mental la aprovecha para corroborarla.

La posteridad filosófica del mundo ha consagrado a esta gran ley por él descubierta solamente un interés histórico, si

bien es verdad que ella ha abierto horizontes nuevos al espíritu humano. No existe esa escisión profunda en las etapas del progreso del espíritu humano. Ellas coexisten en los diversos grados de su evolución, como cualquiera puede comprobarlo en nuestra propia época.

Comte creyó haber fundado de un sólo golpe la sociología, como se funda un sistema metafísico. Y bien, una ciencia puede decirse que no está jamás fundada. Se va constituyendo por partes, por fragmentos, presentándose el caso, muy frecuente, de destruir el avance hecho hoy el avance hecho ayer, volviendo a empezar la tarea de Sisifo, de arrancar a la naturaleza sus inexpugnables secretos.

V

Si bien Comte es el fundador de la sociología, puede decirse que sólo entrevió el principio de su existencia. Las ciencias se constituyen abordando sucesivamente los problemas que ellas plantean. El continuador de Comte en esta ardua tarea es el filósofo, también francés, Emilio Durkheim.

Discípulo de Comte, Emilio Durkheim sigue sus teorías; pero como buen discípulo, no se limita a repetir las teorías del maestro, sino que innova en el método, amplía las teorías y les da una base realmente científica.

Admite que la sociología, la más variada y la más compleja de todas las ciencias, divida su estudio para resolver gradualmente los problemas que plantea. Esta primera división sería en factor sociológico general y en factores sociológicos especiales. El primero está constituido por el *medio social*, factor colectivo de importancia trascendental, pues en él se moldean y plasman todos los fenómenos sociales. El medio social es la materia sobre la cual se aplican todas las fuerzas vivas de la sociedad; pero que, por sí mismo, no desprende ninguna fuerza viva. En este factor debe comprenderse la base geográfica de los pueblos en sus relaciones con la organización social; la población, su volumen, su densidad, su disposición sobre el suelo. Este factor

constituye el sustrato de los fenómenos sociales, la parte preponderante; y de la misma manera que la fuerza psicológica de un individuo varía en armonía con la calidad del cerebro que la genera, la cultura y la civilización de un pueblo están en armonía con este factor esencial.

Pero al lado del medio social como factor general, están los factores especiales, también de orden colectivo, de la vida social de un pueblo.

Entre estos hay que contar, en primer término, la densidad de la población. Un pueblo de población escasa no puede tener grandes progresos, ya sea desde el punto de vista material, ya sea desde el punto de vista moral. Por de pronto, si se considera al hombre no solamente como un factor de riqueza, sino como riqueza en sí mismo, fluye que el progreso material no puede ser muy grande. Desde el punto de vista moral, la población escasa no permite la diversificación de funciones, no permite la diferenciación social, y el hombre, por más inteligente que sea, en un medio uniforme, progresa menos. Esto puede comprobarse fehacientemente entre nosotros, en donde las funciones políticas han absorbido a todos los hombres, y en donde, para ser alguien, ha sido menester ser diputado o senador, o gestor administrativo, esto es, si no político, vivir a la sombra de la política y disfrutar de todas sus deprimentes ventajas. En cambio, las más nobles facultades de un pueblo, aquellas en virtud de las cuales nos dominan todavía pueblos desaparecidos hace ya luengos siglos; aquellas que nos hacen girar como minúsculos satélites alrededor de otros pueblos, las facultades intelectuales, ocupan entre nosotros un lugar secundario. En las ciudades más densas ha podido formarse un pequeño núcleo aristocrático de familias; pero no existe un núcleo aristocrático del espíritu, la más grande manifestación del alma colectiva de un pueblo.

La vida universitaria no existe. Existe, es verdad, un esbozo de universidad, dirigida por el mismo espíritu que guía a los políticos: el arribismo personal, la política personal, cuyo fin mediano es el buen éxito inmediato de alguna persona o de

algún círculo, no el aumento inmediato del acervo intelectual, de la riqueza intelectual en general. En ella, hablar de base económica como condición fundamental para formar el profesorado, ha llegado a ser de mal tono. Esto es tanto más absurdo cuanto que los últimos movimientos políticos han triplicado y hasta sextuplicado los emolumentos de todos los empleados del país. Así, por ejemplo, el personal administrativo de la Universidad ha quedado bien remunerado. Es verdad que los profesores, por una especie de capilaridad administrativa, han tenido un deleznable pequeño aumento, sin que este fenómeno se deba a nadie en particular, a ninguna influencia personal. En nuestro país predomina, pues, la política y el burocratismo, de ahí que el simple papeleo administrativo sea considerado más digno de compensación que los valores y esfuerzos intelectuales.

Este manifiesto y vergonzoso atraso entre nosotros, se debe al hecho que vivimos en una *gran aldea*, no en un gran pueblo, grande no sólo por el número de sus habitantes, por la densidad de su población, sino también grande por las emanaciones que irradia un pueblo denso y diferenciado.

VI

Ahora, dentro de este factor especial, cabe considerar otros factores también especiales. Son éstos ciertos modos de pensar, de obrar, de sentir colectivos. Ciertos modos de pensar, como las manifestaciones religiosas, sistemas filosóficos, conocimientos científicos, opinión pública. La religión, sobre todo, reviste una importancia e interés especial, por el relieve con que se destaca en los pueblos en que predomina una confesión sobre las otras, como ocurre entre nosotros con la religión católica. La religión católica la encontramos al nacer, sin que nos sea posible, en alguna medida apreciable, substraernos a su influjo. Algunos Estados se califican por la religión que profesan, así la católica España, confundiendo, de esta manera, el concepto de Estado con el de Iglesia.

La opinión pública es ese estado intangible, vago e inorgánico que se siente y pesa en el ambiente social, sin que alcance a tomar una forma concreta. Es la manera de pensar de la gente honrada, noble y buena que vive al margen de la disgregación social, esto es, de la política. En los pueblos de una gran cultura y en los pueblos de regímenes políticos nuevos, se concreta este modo de pensar flotante en las ligas sociales y en la prensa. Entre nosotros, la prensa está en manos de los comerciantes y al servicio de los intereses creados individuales. No se hace eco de la opinión pública, sino después de reflexionar maduramente que su actitud no va a lesionar ningún interés económico, ningún interés personal. Tiene oídos para no oír la poderosa voz de la reflexión, de la razón social. Tiene, sí, conciencia de lo que debiera ser su misión social. Ella se manifiesta en el hecho de haberse plegado a una institución de carácter público para crearse un seguro de vida, beneficiándose de las primas de seguro que pagan todos los empleados públicos y que la prensa por sí sola, en su vida de negocios, no fué capaz de crear. En esta institución los empleados públicos pagan a las tres cuartas partes del precio del seguro y tienen derecho a un retiro después de cuarenta años de servicios. Los periodistas no pagan sino la cuarta parte y pueden retirarse a los veinticinco años. Los empleados públicos no han podido defenderse de esta *moral periodística*, por su estado de desorganización, aún de pulverización en que los mantiene el Estado, y también, justo es decirlo, porque no tienen un órgano de propaganda que les sea propio.

La opinión pública, además, desempeña ya un gran papel en la solución de los conflictos graves sociales, nacionales o internacionales, echando su peso en la balanza en la parte que tiene la razón y fallando así el pleito como un árbitro omnipotente.

Ciertos modos de obrar colectivos, como los hábitos, los usos, las costumbres, la moral, el derecho. Respecto a la moral, la sociología científica plantea en principio que los hechos morales son hechos sociales y que el mismo método debe apli-

carse tanto a los unos como a los otros. Los hábitos, las costumbres, las leyes, deben ser considerados objetivamente, como fenómenos naturales, regidos por las mismas leyes de la naturaleza física.

El derecho, que tiene su base filosófica en la naturaleza de los hombres y en el medio en que estos hombres habitan y que, en concordancia con sus fundamentos, es una cosa social viva, que evoluciona, que se adapta a las necesidades sociales nuevas que van surgiendo, en la misma medida que lo hace un organismo individual vivo, es el exponente de la cultura política de un pueblo y la condición *sine qua non* de la convivencia humana.

Ciertos modos de sentir, como la tolerancia de las ideas contrarias, el humanitarismo. La tolerancia a las ideas contrarias es el respeto a la sinceridad del prójimo. Si yo soy sincero fluye que debo respetar la sinceridad en mi contrario y convertir mi modo de ser, de elemento de lucha, en elemento de convivencia social. La tolerancia es la inflorescencia de la cultura de una colectividad, siempre sobre la base incommovible de la sinceridad.

El humanitarismo tiende a evitar, a toda criatura viviente, todo sufrimiento injusto. Es la base de la solidaridad humana en su aspecto de superorganismo social. El amor a nuestros semejantes, la compasión por los desvalidos, la caridad, la filantropía, la repercusión del dolor de uno solo en muchos, la práctica de la regla moral de Manuel Kant, según la cual debemos considerar al semejante nuestro como teniendo un fin en sí mismo y nunca como un simple medio para incrementar nuestros goces, parten de este movimiento, que sintetiza, en su más amplio simbolismo, toda nuestra civilización cristiana.

Las leyes llamadas naturales de la economía política sobre la producción y el reparto de las riquezas, han sufrido, mediante la consideración científica de este último factor de la evolución social, un grave quebranto, dando origen a la creación, en todas las universidades del mundo, de la economía social, cuya finalidad es corregir, precisamente, la brutalidad de

las leyes naturales en el reparto y la producción de los bienes humanos.

Resumiendo, tenemos el medio social como factor de la explicación sociológica, dividido en factor general y factores especiales. Hipólito Taine, al procurar aplicar el método científico de las ciencias naturales a las producciones más diversas del espíritu humano, tuvo la intuición genial de la explicación científica de los fenómenos sociales, método del cual Emilio Durkheim es el gran expositor moderno.

Puede avanzarse que si Augusto Comte es el creador de la sociología general, Emilio Durkheim es el creador de la sociología particular. La investigación científica de todos los factores sociológicos, aisladamente considerados, debe dar lugar a esa ciencia de orden puramente especulativo, todavía brumosa para muchos, de la sociología general.